

castillo y palacio que fué la morada del Virrey Don Diego Colón y de su consorte la Virreyna Doña María de Toledo, se destina a local del Museo Nacional, en su planta baja, y, en su piso alto, a local de la Academia Dominicana de la Historia.

Artículo 2.— Una Comisión integrada por dos académicos de la Historia, dos miembros de la Junta de Ornato y un arquitecto y arqueólogo designado por el Ejecutivo, indicará cuales y como deben ser las reparaciones técnicas, las absolutamente necesarias, que el edificio requiere para ser habilitado y apropiado, respectivamente, al Museo Nacional y a la Academia Dominicana de la Historia.

Artículo 3.— El costo de la reparación y la habilitación del Alcázar —con sujeción al presupuesto formulado por el arquitecto de acuerdo con la comisión preindicada— será cubierto con cargo a la apropiación que la Ley de Gastos Públicos pone anualmente a la disposición de la Junta de Ornato, en cuanto lo determine el Poder Ejecutivo.

DADA en la Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados, en Santiago de los Caballeros, a los veinticuatro días del mes de Agosto de mil novecientos treintidos, años 89o. de la Independencia y 70o. de la Restauración.

El Presidente:
Miguel Angel Roca.

Los Secretarios:

Luis E. Henríquez Castillo.
A. Santiago Gómez.

DADA en la Sala de Sesiones del Palacio del Senado, en la ciudad de Santiago de

los Caballeros, asiento temporal del Poder Legislativo, a los treinta y tres días del mes de Agosto de mil novecientos treintidos, años 89o. de la Independencia y 70o. de la Restauración.

El Presidente:
Mario Fermín Cabral.

Los Secretarios:

José Fermín Pérez.
Lorenzo E. Brea.

Ejecútese, comuníquese y publíquese en todo el territorio de la República, para su conocimiento y cumplimiento.

DADA en San José de las Matas, Residencia Accidental del Poder Ejecutivo, a los nueve (9) días del mes de Septiembre del año mil novecientos treinta y dos.

Rafael L. Trujillo M.,
Presidente de la República.

Refrendado:

Jacinto B. Peynado,
Secretario de Estado de la
Presidencia.

Refrendado:

Virgilio Trujillo Molina,
Secretario de Estado de lo Interior,
Policía, Guerra y Marina.

Refrendado:

R. Paíno Pichardo,
Secretario de Estado de Hacienda.

Refrendado:

Agustín Aristy,
Secretario de Estado de Sanidad,
Beneficencia y Obras Públicas.

LA SEMANA DE MERIÑO

EN LA UNIVERSIDAD

Discurso del Académico
Lic. M. de J. Troncoso de la C.

Ilustre Señor Rector:

Permitidme empezar con un recuerdo.

Era mi primera visita al cementerio del Pere La Chaise. Mis ojos iban de sepulcro en sepulcro en aquella ciudad monumental de los muertos en la gran ciudad de París. Detúveme ante uno: el de cierto antiguo oficial de la marina. En el epitafio aparecía inscrito en primera línea el nombre de éste, después el del lugar de su nacimiento, el de

la academia en donde había cursado sus estudios, la relación de su carrera, las campañas a que había asistido. En seguida tuve ante mí el de un sacerdote; luego el de un hombre rico; el de un abogado. Luego, muchos, muchos más. Cada lápida contenía una sinopsis de la vida de aquel cuyos despojos cubría. Se quería en cada caso edificar a los vivos sobre la vida y obra de esos muertos.

Así, era, y, sin embargo, ¡oh ignorancia mía de tantos que fueron! ¡oh flaca memoria! apenas se había desprendido la mirada de estas inscripciones, el recuerdo de lo que decían se había borrado de mi mente.

Continué la peregrinación. Me hallé



cerca de otros monumentos. ¿A quién pertenece aquel que allá se levanta hermoso, solemne, majestuoso; que ostenta alegorías del valor, del patriotismo, de la gloria? ¿Dónde está la inscripción que me hable de la cuna del que alberga, de sus hechos, de su muerte? Busco. No la encuentro. ¡Ah! allí, en lo alto veo unos caracteres. Leo. Dicen únicamente: NEY!. Mi corazón se levanta. Inclínase mi espíritu. ¡Ney! ¿de qué más he menester, si este solo nombre me lo está diciendo todo?

Permitidme, ahora, que en este instante en que hablo frente a vos, cumpliendo cerca de la Universidad un honrador encargo, me sirva de ese recuerdo para deciros:

—Señor: aquí vengo por la Academia Dominicana de la Historia para entregaros el retrato de MERIÑO!

¿Se necesita más para designar a aquel varón insigne, que fué ilustre de su época y es orgullo de las generaciones que le han seguido?

Meriño aquí, en este ilustre centro que él restauró, es el Rector. Mas Meriño es, también, el dominicano que en todo momento de su vida acendró un amor profundo al lar nativo, que no se avergonzó nunca de su tierra por la pequeñez, pobreza y desgracias de ésta, que nunca halló impropicio para él el ambiente dominicano, que disfrutando de provechosas posiciones en el extranjero las abandonó tan pronto como desaparecieron las circunstancias que lo mantenían alejado del suelo de la Patria; Meriño es el patriota que, cuando sabe de las maniobras que se están urdiendo en la sombra contra la soberanía e independencia dominicana, se yergue frente al hombre que las dirige, el mismo hombre que desde las alturas del Poder lo colmaba de honores y distinciones, y lo denuncia a la faz del pueblo dominicano; que más tarde trama una maquinación atrevida para frustrar el plan de reincorporación a España; que solicitado después de realizada la obra patricida para una alta jerarquía en el clero español la rehusa por considerarla inconciliable con sus deberes patrióticos; que suma todos sus esfuerzos para contribuir a la reconquista de la independencia; que amenazada la dignidad de la República se sitúa en primera fila en la protesta; Meriño es el sacerdote que anida en su corazón una fe ardiente en Jesu-Cristo; que no tiene nada suyo, porque cuanto ingresa en su patrimonio se halla comprometido de antemano en una destinación para los menesterosos; que jamás convierte en oficio su santo ministerio; Meriño es el maestro que ejerce su noble apostolado sobre varias generaciones por vocación de su espíritu; que forma legiones de discípulos de los cuales muchos fueron y son timbre de la sociedad dominicana en todos

sus actividades; Meriño es el orador que señorea todas las cimas, que en la cátedra del Espíritu Santo eleva hasta el Supremo Creador las almas, en la tribuna pública levanta las multitudes, en la tribuna parlamentaria establece un dominio supremo sobre las asambleas; Meriño es el político siempre de altura; que conserva intacta en no importa qué momento su personalidad preclara; que comparece arrogante cuantas veces es necesario, sin aprovechar las ocasiones fáciles; que señala el continuismo como fuente fecunda de desgracias, y ratifica desde el Gobierno con hechos la convicción en que decía haber afirmado su palabra; Meriño es el gobernante que administra ejemplarmente, que dedica sus mayores esfuerzos a la difusión de la enseñanza pública, que pone sus mejores empeños en el desarrollo de las fuerzas vivas del país; que al descender de la Presidencia de la República es acreedor del Fisco porque no había querido aceptar el pago de sus últimos emolumentos, sabiendo que los ingresos en las arcas públicas no habían alcanzado para satisfacer los de todos los servidores del Estado; Meriño es el obispo que se consagra por entero a su iglesia y a su grey, que se aparta desde el instante de su postulación de cualquier actividad con que no le sea dable mantenerse como un padre a igual distancia de todos sus hijos; que sometido a duras pruebas se alza magnífico, imponente, contra los que vejan su ancianidad y su jerarquía. Meriño es, en suma, el hombre que puede llenar entre nosotros con su nombre una época; que debiendo a la nación sus singulares cualidades las pone en ejercicio cuantas veces es necesario, confiado en sí mismo, sin arredrarse por la perspectiva del mal suceso, sin reservas mentales de lucro de ningún linaje; que en tierra dominicana es, por eso mismo, espécimen de conciencias elevadas, de virilidad, de vida vivida en el servicio de todas las causas nobles.

Cuando la Academia Dominicana de la Historia ha decidido, señor Rector, hacer a la Universidad este presente, fruto del talento genial de ese artista, ahora vencido por la muerte, que fué entre nosotros hasta hace unos días el primer elegido entre los pocos llamados del pincel, ha querido con ello contribuir a la realización del acuerdo de este ilustre centro de formar su galería de rectores; mas no ha sido sólo al Rector a quien en sus deliberaciones tuvo en mientes, sino a Meriño todo, a Meriño el hombre, con cuyas obras edificantes se inclina la balanza en el juicio de la posteridad y cuyo natalicio, en su primer centenario, conmemora en estos días el pueblo dominicano.

En vuestras manos, Rector y Maestro, en vuestras manos venerables lo pongo.

Que sea prenda ese retrato de que seguirá gobernando por siempre esta Universidad el espíritu dominicano del patriota, del maestro.



Discurso del Rector y Maestro Dr. Fed. Henríquez y Carvajal

Señor Académico: Señores:

El Maestro y Rector de la Universidad de Santo Domingo, en ejercicio de la representación atribuídale con su alta investidura, acepta y recibe, no sin emoción evocadora y afectiva, y en extremo complacido, el magnífico retrato del insigne prócer que fué príncipe de la Iglesia y tribuno de la Patria. Este retrato—fruto del talento genial del artista “ahora vencido por la muerte”—y dádiva preciosa e invaluable del civismo en acción, aumenta su valor ético y estético como regalo de la Academia Dominicana de la Historia a este centro de cultura universitaria.

Es Meriño y sólo hay un Meriño!

Esa es su vera efigies, fidelísima, y lo representa y presenta tal como fué en las postrimerías de la décimanona centuria, cuando el báculo simbólico era, en sus manos pías, el cayado del pastor de almas, florecido como un tirso, y la blanca mitra se confundía en su testa cimera, con el ampo de nieve que la cubría en la edad propecta.

Empero, señores, no es al Prelado, el muy ilustre Arzobispo de Santo Domingo, Primada de las Indias, cuyas fueron las insignias y las preseas que el gran retrato luce; sino al Mentor, el muy ilustre Maestro de Filosofía y Humanidades, ejemplo vivo de doctrina y de civismo, a quien se enaltece y honra con ese sencillo homenaje en este acto público y solemne. Es al Rector del Instituto Profesional de la República, que lo fué desde 1881 hasta 1902, con no igualada prestanza; y es, a la vez, al Rector del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, que lo fué, en diversos períodos, en un lapso de nueve lustros. Porque el orador eximio que, durante medio siglo, señoreó la cátedra y el púlpito como pedestales de una estatua viva, estuvo siempre y desde el alba de su juventud generosa al servicio de la docencia del seminario; como el tribuno prestantísimo, que templó el alma del pueblo con su verbo en llamas, dióle siempre a sus discípulos amados, con su palabra y con su vida, lecciones de civismo y de patriotismo.

Por su iniciativa y bajo su égida, en el bienio de 1880 a 1882, mientras estuvo a su cargo la función ejecutiva del Gobierno, establecióse el Instituto Profesional de la República, y luego, por sus gestiones en el seno de la Junta Superior de Estudios, en 1895, reanudó sus faenas universitarias en receso ese centro precursor de la Universidad de Santo Domingo. El Instituto, con efecto, inició de nuevo sus labores, en un acto acadé-

mico, el 16 de Agosto del año antedicho, como ofrenda digna de ese memorable día consagrado en la épica loma de Capotillo. Hacíase un nuevo ensayo. El claustro se integró con solo siete miembros. Tres profesores de derecho: Manuel de J. Galván, Apolinar Tejera y Fed. Henríquez y Carvajal. Dos de medicina: Juan Francisco Alfonseca y Francisco Henríquez y Carvajal. Uno de matemáticas: Lepoldo Miguel Navarro. Meriño ocupó, de pleno derecho, la Rectoría.

Siete años discurrieron de ardua labor intensa, con incorporación de algunos cateóricos de nueva elección, y, en 1902, luego de autorizar con su firma, complacido, sendos títulos de la licenciatura en derecho en favor de dos maestros que eran profesores ex-oficio u honoris causa (*) presentó su renuncia irrevocable, como Rector, no sin la doble satisfacción del deber cumplido y por el auge que en un septenio había alcanzado el Instituto.

Doce años habían transcurrido—a partir de su renuncia del rectorado—con acrecida cosecha de frutos de la mente sana y cultivada en cada año lectivo, cuando en 1914 el Instituto Profesional obtuvo el lauro de su conversión en la restablecida Universidad de Santo Domingo. Sus anhelos y sus esperanzas, manifestaciones de su optimismo y de su amor a la patria—estrellas polares en el cielo de su espíritu—habían ido realizándose y continuarían en escala ascendente después de su caída en el seno de la tumba. Vacío en esta página de mi discurso dos párrafos del suyo pronunciado, como Rector, al reanudar, en 1895, las labores docentes de las tres facultades en ejercicio.

Decía el primero: “Este día, de legítima gloria nacional, recibe consagración más patriótica y ennoblecedora en el acto para el cual nos hallamos congregados en este recinto; porque tengo para mí que los festejos, más entusiastas y rumbosos, con que pudiera celebrarse por el pueblo alborozado la fecha inmortal de la Restauración de la República, ninguno dejaría huella más profunda y luminosa que esta reunión tan pacífica y grave como trascendental y solemne. Y es, señores, que estamos aquí para realizar un hecho magno y duradero, que ejercerá influencia constante y decisiva en lo porvenir, no sólo para enaltecimiento y honra de la sociedad, sino para lustre del Estado. Restablecemos el Instituto Profesional, el centro docente principal del país y la representación más caracterizada de nuestro progreso intelectual, que marcará siempre la altura a que nos elevemos entre las naciones cultas por la mayor suma de ilustración que revelemos tener y por las luces que difundamos”.

(*) Eugenio M. de Hostos y Fed. Henríquez y Carvajal.

En el segundo párrafo concluía: "Y tales elementos no se pueden conseguir sino facilitando la instrucción pública, cosa de ir formando ciudadanos probos, de carácter, de sentimientos nacionales, en todo dignos, que, por su saber y sus virtudes cívicas, sean capaces de elevar el espíritu a las más nobles y generosas aspiraciones patrióticas".

En esos párrafos de la oración inaugural del Instituto, en su segunda época, lo mismo que en el retrato a la sepia en el cual se anima la vera efigies del mitrado, destácase y vibra su personalidad conspicua no superada, en un lapso de media centuria, en ninguna de las actividades de la vida dominicana. Que tal fué Meriño como sacerdote y obispo, orador sagrado y tribuno parlamentario, republicano y estadista, ciudadano y patriota, rector y maestro. Con esa última doble investidura figura, con honor, en los anales de la docencia cívica, religiosa y universitaria; y, como perenne testimonio de su primacía en el rectorado y en el magisterio, el retrato recibido como ofrenda y dádiva gentilísima de la Academia Dominicana de la Historia, en este acto académico de la Semana de Meriño y en ocasión del centenario de su natalicio, ocupa, de pleno derecho, sitio preeminente en el testero del Paraninfo de la Universidad de Santo Domingo.

Padre y Maestro mío!

Estás ahí, en fidelísima vera efigies, tal

como estuviste siempre en el proceloso escenario del mundo: en un primer plano de altura prominente.

Vas a presidir desde hoy, y conmigo ahora, el claustro pleno o el consejo universitario, cada vez que el uno o el otro se reuna en el aula magna. Y cuando, bajo tu égida y edificado con tu ejemplo, ocupe yo la sede rectoral y evoque y añore mis estudios y mis ensayos de seminarista salido apenas de la adolescencia, acaso torne a sentir la palmas cordial de tu mano pródiga y a oír el augurio de tu verbo promisor al decirme "tu serás", luego de haber escuchado la lectura de una página mía, pues aún me parece haber recibido, en aquel minuto decisivo, el espaldarazo con que, a los trece años, fuí armado por tí, no caballero de la triste figura cervantesca, sino caballero andante al servicio de la patria en el triple apostolado de la cátedra, de la tribuna y de la prensa.

Desde entonces—y ya van corridas siete décadas—he venido ahondando en esos surcos, para la siembra y el cultivo de los frutos de la mente y de las flores del espíritu; y a las tres generaciones sucesivas de mis discípulos heles mostrado cómo brilla la orientadora estrella de tu vida en el cielo de la patria, y cómo ilumina la ruta del pueblo dominicano la luminosa estela de tu obra cristiana, cívica y nacionalista.

¡Salve, padre y maestro mío!

Discurso del Profesor Fernando A. Defilló

Señor Rector: Señores:

Pocos años ha, en breve treinticinco, que ocurrió el trascendental suceso que me produjo una de las más gratas e intensas emociones de mi vida.

Treinticinco años ¿Qué representan ellos en la eternidad del Tiempo?

Fue ayer, pues, que mi espíritu conmovido vivió esas horas de verdadero deleite intelectual, de sensaciones indescriptibles e inenarrables, de tropel de ideas y de alocadas expansiones en revuelto amontonamiento de alegrías presentes y de pasados temores. Felices instantes, apenas inquietados por el tenaz espasmo de nuestro plexo solar, cómplice obligado de las impresiones emotivas que en ocasiones análogas sacuden y crisan nuestra Volición y Psiquismo.

Transcurría la tarde del 13 de Noviembre del año 1898.

Celebrábase en el Salón Magno del Instituto Profesional una fiesta del espíritu. Reu-

nidos Profesores y Estudiantes, en íntima cordialidad, procedíase a la entrega de títulos ganados en precedentes justas intelectuales.

Acude a mi mente el oportuno recuerdo de mi compañero de alegrías de aquel momento. En nuestros días ocupa un elevado sitio entre las dignidades eclasiásticas, premio merecido por la consagración de su juventud entera a las prédicas de la Fé Católica iniciadas veinte siglos ha por uno de los más grandes hombres entre los más humildes: el Apóstol Pedro. El Padre Castellanos, cumbre de nuestra oratoria sagrada, graduábase en la memorable tarde de mis recuerdos, de Licenciado en Derecho. Paréceme verle a mi lado, con su faz sonriente y congestionada, frente al imponente Jurado que nos daba autoridad para recoger el fruto de nuestros estudios con la práctica sensata y prudente de nuestras respectivas profesiones. Escucho aun las sentimentales frases que nos dirigió el Profesor Alfonseca "Ud. (a mi persona), médico del cuerpo, habrá de distribuir beneficiosos consejos reparadores de la materia enferma; Ud. (a Castellanos), médico del alma, esparcirá los suyos en provecho de su misión y enseñanza religiosa".

En aquellos tiempos la entrega de títulos no era como al presente un simple acto de Secretaría, más o menos atenuado por las espontáneas frases congratulatorias del Jurado de último año. Se le revestía de una solemnidad verdaderamente grata al espíritu que en tales momentos llega a la meta de sus más ansiados propósitos sociales.

Del personaje que preside como Rector, veo la austera fisonomía, suavizada por una sonrisa complaciente y benévola. Es el mismo que tres años antes disfrutara la satisfacción de reinstalar, en su nuevo edificio, el Instituto Profesional por él fundado, alto Plantel de enseñanza superior que ha dado numerosos oficientes a los altares científicos de nuestro país.

Monseñor de Meriño, predestinado para dar comienzo y solidez, cuando no como iniciador, a particulares obras de absoluto engrandecimiento patrio, fué igualmente el reorganizador diligente y entusiasta de los Estudios de Filosofía y Ciencias Teológicas que se efectuaron en el Seminario Conciliar, reedificado en parte a sus expensas, en el mismo sitio que antaño ocupara la antigua Universidad de Santo Tomás de Aquino.

¿Por qué recojo de mi memoria estos aparentemente insignificantes hechos de mis más felices años juveniles? Porque me brindan ellos en este instante, grato sobremodera, la oportunidad espléndida de hacerlos públicos bajo los auspicios del grave y emocionante acto que un selecto grupo de almas nobles, de cerebros de gran valía intelectual, paladines esforzados en el campo do se libran diariamente luchas brillantes para mantener en alto, muy en alto, los ideales de exaltación patria, dedica fraternalmente al conciudadano eminente que supo guardar inmaculados sus más puros y fervientes amores para el pabellón cruzado que flameó sobre su cuna y cubrió luego, como Padre cariñoso, en la postrera hora, el féretro portador de lo que pertenecía a la tierra.

Si, señores. . . Allí, junto a su mayestática figura estaban, como miembros del alto Tribunal que me declaraba un hombre capaz y útil, las no menos venerables personalidades de mis viejos maestros, los más pertenecientes ya al mundo de las sombras, de la tremenda incógnita que puebla de fantasías todas las épocas y que resurge en la nuestra más tentadora y sugestiva con los nuevos métodos del Psiquismo experimental.

Contemplo la faz severa, antítesis de su bondad ingénua, de quien apropióse el nombre de Alfonseca de París; la fisonomía enjuta y nerviosa, cuasi adusta, del Profesor Morcelo; la sonrisa infantil y la mirada inteligente del inolvidable Dr. Báez; el rostro plácido de severidad indulgente del Profesor

Henríquez y Carvajal, actual Rector y honra de nuestra Universidad.

Fernándo Arturo de Meriño fue indiscutiblemente un acendrado admirador de las llamadas Ciencias Físicas y Naturales. Pruebo su elocuente discurso del 16 de Agosto del 1895, al inaugurar el restablecimiento del Instituto Profesional. Desde luego, utilizaba sus adquisiciones científicas para dar impulso á sus tendencias armonizadoras de la Cienciaa y la Fé religiosa, en aquellos días áridos irresoluble dilema apenas aceptable por el prevaleciente empeño del positivismo contemporáneo. Sin pretensiones de ahondar en materia de órden tan delicado, concréteme a señalar al ilustre dominicano que supo hacer fructificar las especulaciones científicas de su tiempo en beneficio de su misión evangélica. En frecuentes ocasiones, ya en la cátedra, ya entre sus amigos y familiares, argumentó como hombre nutrido en las enseñanzas de los sabios de mayor renombre. No le era desconocido el progreso de la Ciencia magnificada por los Cuvier y Quatrefages, los Kepler y Newton, los Claudio Bernard y Luis Pasteur. El estudio de éstos y otros no menos notables personajes grabó profundo surco en su espíritu ansioso de elementos útiles a su enseñanza filosófica. Forjó su mente en tan señalados moldes de alta instrucción y así le oímos disertar acerca de las evoluciones de la materia y de la energía en sus modalidades varias, con la misma facilidad de su elocuente discuir en su natural dominio de los dogmas religiosos.

Con toda la entereza de su carácter declara en su notable discurso referido que "no rechaza ningún método que sirva para dirigir las facultades intelectuales y que sea adecuado a la rama de la ciencia que se estudia". Manifiéstase admirado, subyugado por "el conjunto de estupendos prodigios que constituye el órden físico".

Cautívale y siéntese turbado, en contemplación extática, por el "suavísimo ritmo de los soles que giran en los grandes espacios poblando el firmamento". Su corazón se dilata en amoroso transporte ante el maravilloso espectáculo de los rayos de luz que descienden de los soles "confundidos en perennes fraternales abrazos a dar besos vivificadores a los tres reinos de la Naturaleza".

El orador Meriño no es un simple deductivo, acaparador de ideas ajenas, como frecuentemente ocurre en el campo de las lides literarias y científicas. Su intuición, por el contrario, da mayor relieve y personalidad a su obra cultural. El hombre intuitivo, el que verdaderamente engendra ideas é imágenes realizables en el mundo corpóreo y tangible, se manifiesta en una frase elocuen-

te y persuasiva como ésta: "las ciencias se perfeccionan armonizándose, no excluyéndose las unas a las otras". Profunda verdad revelada a su espíritu, de alcances adelantados a su tiempo; verdad demostrada en nuestros días en que se reconoce la imperiosa necesidad de establecer un consorcio más íntimo e indisoluble entre las ciencias matemáticas, físicas y naturales que aparentemente guardaban entre sí distancias perturbadoras de su mejor aplicación y conocimiento. Al presente, los métodos experimentales que profusa y sensatamente han invadido el campo de la enseñanza en todos sus aspectos, nos han llevado a la convicción de la existencia de una unidad dominadora que los enlaza sólidamente entre sí para mejor explicarlos y poseerlos. La Físico-Química, la Histo-Fisiología, la Bio-Mecánica y demás ramas de la instrucción moderna son mejor comprendidas dentro del plan de estudios que nos brinda la Biología General, por cuanto su mecanismo y funciones no son explicables fuera de una exacta comprensión de las leyes cósmicas universales.

He querido recordar, señores, al prominente dominicano, orgullo de su patria, haciéndole revivir en uno de sus aspectos, tal vez olvidado, cuando no poco conocido o velado por el prevalecimiento de su VIDA POLÍTICO-RELIGIOSA. No he pretendido tampoco señalarlo como a un hombre entregado a la investigación que experimenta y conquista, sino como al erudito nutrido que muy poco ignoraba del movimiento científico y literario de su época. Su espíritu superior no podía avenirse a las infantilidades del común de las gentes y, con mirada escrutadora, reflexiva y serena, supo distinguir y valorar el selecto grupo que surgía del montón anónimo, y ora atrayéndose a sí, ora conservando distancias, con estimación y respeto, por desigualdades de ideas y conceptos, en todo momento mantuvo con firmeza la elevación de sus pensamientos filosóficos y poseyó manera de repartir, sin ridículos egoísmos ni absolutismos necios, el jugoso y abundante material educativo de su rica cosecha. Repartía entre discípulos y amigos el tesoro de su poderosa cerebración, como repartía las hojas del vetusto Eucaliptus del jardín del Palacio Arzobispal, por él mismo recojidas a horas matinales, entre las numerosas personas que las solicitaban con empeño para utilizar su pretendida especificidad febrífuga.

¿Qué tenía de extraño, pues, que un cerebro de organización tan vigorosa, de tal capacidad intelectual, sin retardos de prejuicios religiosos exagerados y absorbentes, se adaptara con facilidad al intenso movimiento científico que ya en sus días revolucionaba y orientaba la sociedad hacia los vertiginosos derroteros que nos imponen los porten-

tosos descubrimientos de los actuales tiempos?

Imagínome su espíritu en extásis contemplativo ante las maravillosas creaciones del Cosmos. Su atónita, interrogativa mirada intenta penetrar el enigma de las eternas evoluciones que en el mundo de las Formas determina la arquitectura definitiva de los Séres y las Cosas; la incomprendida y necesaria realidad del Infinito en donde se mueven y giran majestuosos los Soles que dan vida y amor a nuestra tierra.

Paréceme que, descendiendo del ignoto espacio en donde figúrome que transcurren sus beatíficas contemplaciones, está aquí, entre nosotros, participando del fraternal regocijo que, en ofrenda a su memoria, reúne en este Alto Centro intelectual a discípulos y admiradores. Una sonrisa ilumina su faz severa y arrogante. Suaves vibraciones de gratitud agitan su espíritu gozoso y de su corazón brota un torrente de efluvios de amor y de caridad que nos envuelve y protege, que nos incita como primeros y máximos contribuyentes al plan educativo y consolidador de la arquitectura social, que da hijos de cerebración robusta y fecunda a la Patria de todos sus amores, a la Patria en cuyo augusto Altar oficiara su vida toda.

La fundación del Instituto Profesional, modesto comienzo de una decidida orientación de nuestros deberes y derechos frente a las severidades de la Justicia y a las exigencias de la Sociedad, encaminó una amplia senda hacia la reconstrucción del edificio universitario que ya, por ventura, realidad naciente, nos permite esperar un resurgimiento de la prez y fama que aureolara enantes a la Universidad de Santo Tomás de Aquino.

El resplandeciente espíritu de Meriño retorna en paz y sonriente a su divino nirvana. Nos deja la perdurabilidad de sus afectos, de sus ideales realizados por el empeño educativo de la generación actual; nos deja el estímulo de su ejemplar dedicación a la cultura de la inteligencia y nos recuerda que la lucha y el trabajo tesonero, intelectuales, desarrollan los poderes inmanentes del Ego inmortal, haciendo posible el cumplimiento de la voz profética: **sereis como dioses.**

Aquí deja también, no deja, sino guarda en el corazón de todo dominicano, el agradecimiento de la Patria que lo enaltece y admira y le señala a las generaciones de todos los tiempos como ejemplo de consagración a las prácticas de la Caridad, de la Justicia y del Progreso Científico ennoblecedor de la entidad humana; como elocuente testimonio de los méritos supremos que para toda una eternidad conquista el corazón de un patriota excelso.

Discurso del Ilmo. Dr. José Fietta Nuncio de la Santa Sede

Magnífico Señor Rector:
Señores Catedráticos:
Señores Académicos:

El distinguido Rector de la Universidad de Santo Domingo, Dr. Don Federico Henríquez i Carvajal, en la tarjeta de invitación que me dirigió para que asistiera a este solemne acto, con fina atención, que tanto estimo i le agradezco, me comunicaba que me reservaba un turno en el acto, para que uniese yo mi voz al poderoso coro de alabanzas que en estos días se ha elevado a la memoria del insigne Monseñor Fernando Arturo de Meriño.

Declinar la atenta invitación me parecía faltar no sólo a la cortesía sino a mi deber, i acepté, aunque no deje de ser presunción de mi parte hablar en público en vuestro idioma que aun no poseo correctamente. Qué podré yo añadir a todo lo que se ha dicho del ilustrado i virtuoso Prelado, del sabio Político, del ardiente Patriota, del elocuente Orador, del eminente pensador i escritor castizo, del preclaro educacionista?

Durante toda una semana los centros intelectuales de la Ciudad Primada, ofrendaron a la memoria del grande ciudadano el homenaje de brillantes actos, en los cuales distinguidos oradores, con el fervor de la admiración i con la gratitud del reconocimiento, han estudiado la personalidad de Monseñor Meriño en sus múltiples aspectos i en sus distintas actividades, poniendo de relieve las dotes de mente i de corazón que adornaron a este hombre excepcional.

Ha sido pues un plebiscito de férvida admiración i de tierno amor al Ciudadano i al Pastor; plebiscito que ha revelado cuán arraigado está en el corazón dominicano el culto a la memoria de los prohombres que honraron i sirvieron al País; el afecto i la gratitud que conserva para los que pasaron haciendo el bien.

Si cubrir con el manto del olvido, decretar el ostracismo a la memoria de los hombres prominentes, es una señal de decadencia de los pueblos, que no quieren recordar para no imitar; recordarla, ensalzarla, ilustrarla para que sirva de enseñanza i de estímulo a las generaciones venideras, es prueba de la vitalidad, de la grandeza, de la nobleza de los pueblos. Por esto celebro que el pueblo dominicano haya solemnizado con inusitado esplendor el primer centenario del nacimiento de este preclaro ciudadano; i puedo pronosticar, sin temor de error, para este pueblo patriótico i generoso, el más risueño porvenir.

Como Representante de la Iglesia en este País, me satisface ver ensalzada i celebrada una gloria que es nuestra, pues si el Arzobispo Meriño es una auténtica gloria de la Nación i de la Iglesia Dominicana, lo es también de la Iglesia Católica a la cual él ha servido con amor i constancia, ha ilustrado con su sabiduría, ha honrado con sus virtudes. I no podía ser de otro modo si pensamos que la norma de su vida ha sido siempre la de servir a Dios solamente, norma que cristalizó en el lema de su escudo archiepiscopal: "Christo Domino serviam". A Cristo Señor Nuestro serviré.

"A Cristo Señor Nuestro siempre serviré", i, sirviendo a Cristo, ha servido a la Patria de la manera más eficiente; amando a Cristo, ha amado la Patria hasta el delirio, porque esos dos amores son no solo inseparables sino que se completan. El amor a Dios, que es fé en su palabra, que es obediencia a sus mandamientos, es para el amor patrio lo que es el óleo para la misa, el rocío para las flores, el crisol para el oro: lo alimenta, lo desarrolla, lo purifica.

Que el recuerdo del eminente Ciudadano i bondadoso Pastor viva siempre en el corazón de los moradores de esta tierra que él tanto ha querido; que el ejemplo de su abnegado i desinteresado patriotismo tenga muchos imitadores; que en la escuela de su vida aprendan todos cómo se debe amar i servir al prójimo, a la Patria, a Dios!

EN LA TRIBUNA ACADEMICA

Discurso pronunciado por el Maestro i Doctor Fed. Henríquez i Carvajal, como Presidente de la Academia, el domingo 15 de enero, último día de la Semana de Meriño.

EXORDIO.

Señores:

Estoi aquí, en esta tribuna sagrada i

universitaria, para discurrir i para hablar en nombre i representación de la Academia Dominicana de la Historia. Estoi aquí para anunciaros que en este sitio —un antiguo cementerio, convertido luego en la "Plazoleta de los Curas", destinado a ser desde ahora i en lo sucesivo la "Plaza de Meriño"— va a colocarse i a cimentarse la primera piedra sobre la cual surgirá en bronce la gigantesca

figura del alto prócer de las actividades intelectuales, cívicas i morales que fue el presentísimo Fernando Arturo de Meriño.

Acaso quepa repetir en esta ocasión solemne, siquiera en parte, el apóstrofe evangélico formulado, hace veinte siglos, por el verbo creador con que Jesús el Cristo fundó su iglesia en la ciudad cesárea i pontificia:— “Super hanc petram edificabo ecclesiam meam”;— pues encima de esta piedra se alzaré en breve la estatua del tribuno i maestro insigne como para seguir edificando, con su óptimo ejemplo de carácter i de civismo, el alma del pueblo dominicano.

Ese monumento representativo se erigirá merced al concurso del Estado i por iniciativa del brillante núcleo de jóvenes nacionalistas, cuyo es el lema de “acción cívica”, auspiciada al punto por la susodicha Academia, i luego acogida i patrocinada por las ocho instituciones que han concurrido al magnífico homenaje póstumo rendídole, en el centenario de su natalicio, al varón eminente en la **Semana de Meriño**.

Se ha dicho ya en unos veinte discursos, leídos o pronunciados en los días festivos de la histórica Semana, i en las monografías biográficas que han ido al concurso literario en honra suya, quien era i como era Meriño. También lo ha dicho la prensa periódica, en donosas páginas, en un concierto de loas. Pero yo tengo el deber de decir o de volver a decir en este acto —i ello me place— quien fue i como fue, en el escenario del mundo, el eximio prócer dominicano.

Hace un cuarto de centuria, a los cuarenta días de haber ocurrido su fenecimiento —precisamente en el aniversario de mi natalicio— que en una conferencia ofrecida por mí a un selecto auditorio en el “Club de Damas” —digno precursor del “Club Nosotras”— expuse los conceptos i las ideas que hoy, al cabo de veintiseis años, he recogido i ordenado para reconstruir el discurso con el cual hice entonces i ahora hago la apología del tribuno, del prelado i del maestro perillustre.

DISCURSO:

Honrar i enaltecer la vida de un muerto esclarecido, señores, es honrar i enaltecer la propia vida, la intensa vida social que se apacienta en el alma de las cosas bellas. Honrar i enaltecer la memoria inolvidable de quien, ora en la cátedra, ora en la tribuna, ya como ciudadano, fue por media centuria el verbo edificante del pastor o del apóstol, o el verbo alertador i guía del repúblico, es, sin duda, honrar i enaltecer las fecundas actividades del espíritu puestas al servicio de las grandes ideas, las fundadoras, i de los ideales intangibles que, a la larga i en el continuo evolucionar de los tiempos, cristali-

zizan en pósteras conquistas de la civilización humana, i son realidades las que antes fueron utopías o solo se acariciaron como sueños i anhelos del patriota.

El Padre Meriño—como, en un lapso de medio siglo, lo llamó el afecto cordial de sus discípulos de tres generaciones literarias— ha dejado de su noble vida, a su paso por el mundo, una triple estela luminosa: la estela de la caridad, el amor cristiano, encendida rosa del rosal de su organismo afectivo; la estela del patriotismo, el amor nacionalista, síntesis de las grandes i nobles acciones dictadas por el organismo volitivo; i la estela de la elocuencia, el verbo en llamas del organismo intelectual, con el cual iluminó el tribuno i orador conspicuo, la colina, que es la cátedra sagrada, i la montaña, que es la tribuna cívica.

Fernando Arturo de Meriño fué un alto ejemplo de civismo i patriotismo. Con su amor a la patria —amor patricio— nació en su espíritu, apenas ungido con el óleo del ministerio sacerdotal, el orador elocuentísimo. Su elocuencia sugestiva fue como la esencia purísima de su alma de patriota, filántropo i levita. Como de Castelar, en España, cabe decir, en honra suya, que siempre i por encima de todo fue el orador eximio.

No lo fue únicamente en sus grandes discursos de arrogante apostura profética, o de fulminantes apóstrofes viriles, con los cuales solía definir su prócesa actitud, en ejemplos de protesta, frente a menguados o equivocadas situaciones creadas por caudillos caducos; ni lo fue solamente en el admirable panegírico, en homenaje a Duarte, con el cual exultó la vida i la obra del egregio Padre de la Patria. Lo fue en todo momento. Lo fue en el púlpito i la cátedra, en la curul i la tribuna.

Sus discípulos dan testimonio de ello. Sus discípulos de filosofía i letras —que también lo eran de civismo— en las jubilosas aulas del Seminario Conciliar regido por Meriño —recordamos a menudo la época lejana, la época feliz de la juventud en marcha, en la Cuaresma del año 1867, animada de continuo al calor de su fecunda palabra en una serie de sermones improvisados, cuyos temas escogían por turno los seminaristas, poco antes de subir el orador a la cátedra sagrada. A mí me cupo la suerte de darle el tema, el miércoles del concilio, en el templo del Carmen, i hube de cumplir mi cometido en el preciso momento en que el Padre Meriño ascendía al púlpito i a la plegaria sucedía el silencio en la numerosa concurrencia. El tema dádole fue: “Ecce mater tua”. Con ese texto de las siete palabras del Cristo ponderó, enalteció i santificó, como nunca, el augusto amor de madre. Aun arde i vibra en mi organismo ético la ingente emoción que me produjo esa admirable oración sagrada!

Entonces fue, sin duda, cuando el insigne orador dominicano alcanzó la cima de la elocuencia i entonces, también, cuando, ya en su segundo doloroso exilio, obtuvo justa fama de orador sagrado fuera del solar nativo.....

Es desde ese punto de vista, eminente, que nos es dado contemplar esa arrogante figura de prócer de la elocuencia, a cuyo derrumbamiento en el seno i bajo el ara de la tumba ¡oh dolor! ha subseguido el silencio conmovedor de una gran voz de morales o cívicas enseñanzas, a veces profética, i la orfandad de la más prestigiosa tribuna, sagrada o profana, de que pueda ufanarse i aun gloriarse la cultura dominicana.

Verdaderamente, señores, —i cabe insistir en ello, porque tal es el tópico de mi discurso— el insigne dominicano, reciénfenecido, el Ilustrísimo Arzobispo que fue de la Primada de América, logró hacinar las ricas preseas de su inteligencia clarísima, de sus potísimas facultades psíquicas, todas las manifestaciones de su explorador espíritu, a modo de aislada colina o solitario monte, para erguirse sobre la eminente cumbre, sereno e inmutable, dueño de si mismo, orador por antonomasia, orador patriota por excelencia, émulo, quizás— a la distancia de no pocos siglos que fueron de otros tiempos i otros hombres— de uno cualquiera de los tres máximos oradores griegos.

Si no fuera imperdonable abuso mío, señores; si no temiera abusar de vuestra benevolencia; yo intentaría reproducir ahora algunos de los elocuentes párrafos, de los grandes períodos, que abrillantan sus discursos de los clásicos días o de los días conflictivos de la República.

Podría tomarlos al azar, sin selección inútil, ya que los unos desprenden de su armonioso conjunto el aroma quintaesenciado de las rosas de la fé, del amor i de la esperanza, cultivada con esmero en el huerto del cristianismo; ya que los otros brillan con luz propia, a manera de soles, en el cielo de la Patria, tan amenudo entenebrecida i alguna vez desplomada en la ignominia de torpes i menguadas anexionas.

De cada una de las elocuentes cláusulas que esmaltan i perfuman sus magistrales discursos, políticos o religiosos, emerge, siempre inspirado, el verbo del orador i del tribuno.

Ya es el fervor cristiano, encendida rosa de púrpura, que se deshoja en sus labios como lluvia de pétalos, —o la piedad evangélica, alba paloma, mensajera de paz, que se cierne con arrullos de plegaria sobre los fieles i los penitentes; —ya es el reconocimiento póstero, de índole humana, que, alzando el pensamiento, con vuelo de águila, hasta ascender a la inmensurable altura del genio,

canta i exulta la peregrina obra científica i la gloria sin eclipses del inventor del Nuevo Mundo, en ocasión de los actos festivos del Centenario del Descubrimiento colombino, o en la solemne inauguración del mausoleo que guarda los venerandos restos del nauta egregio, ante quien mudo se postró el océano; —ya es el patriotismo vigilante, conminatorio, que se encara al egoísmo victorioso i soberbio, en vísperas de miserables claudicaciones i de ruines permutas del honor por los honores; —ya es el edificante civismo, investido con la alta función constituyente, que evoca los merecimientos de los próceres restauradores, e invoca las responsabilidades asumidas por el aclamado de las minorías en armas— en el vértigo de reacciones ignaras e insólitas— para exhortarlo al fiel cumplimiento de los ímprobos deberes de la magistratura i para apostrofarlo, con viriles acentos, merced a una alusión histórica a las veleidades de la opinión, traidora a veces como la ola; —ya es la gratitud cívica i patriótica que, en días de reivindicaciones, históricas i de fugaces orientaciones hacia la cruz blanca de los trinitarios i los febreristas, se desborda de su corazón templado al calor del patriotismo consciente, i sube a sus labios en surtidor i cascada de luz, e ilumina los ámbitos de la Patria con la apoteosis rendida a los manes ilustres i a la vida ejemplarísima del Fundador de la República.

Ese es Meriño! Ese es el orador plebano. Ese es el joven prelado —sede vacante— que edificó con su palabra sincera, abundantísima, en el púlpito i en la cátedra del Seminario; que dió singular ejemplo de civismo con su noble gesto de protesta, antes i después de consumada la inconsulta incorporación a España; ése el popular repúblico, que fue, por su dominio de la tribuna i por sus credenciales de patriota, el mayor prestigio, prestantísimo, en las asambleas constituyentes i en las juntas gubernativas, creadas a raíz del triunfo de la guerra restauradora; —que, proscrito, i peregrino de generosos ideales, cargado con la cruz del patriotismo en duelo, hizo por tres o más veces las tristes i largas jornadas del destierro; ése el estadista, que pasó por las meleantes esferas del poder, a deshora, presa de una suerte de dualismo, divino i humano, que recuerda aquellas vírgenes de Murillo que tienen los pies en el barro bíblico i la nimbada frente en el azul infinito de los cielos cristianos; que descendió de esa tormentosa cima, para nunca más volver, sin rehuir las responsabilidades ponderosas de funesta i desprestigiadora dictadura ¡triste factum! —aunque convencido de haber dejado jirones de su alma en las ardientes zarzas del camino; ése el mirado insigne, —que vistió por cuatro lustros la púrpura i el armiño, i, apoyado en el báculo del pastor de almas, puso de lado la elo-



cuencia tribunicia, para sólo apacentar con su verbo evangélico a la desorientada grei dominicana; ése el venerable anciano, que, al trasponer la montaña i declinar, como el sol, en la tarde de la existencia, sólo palabras de paz, de salud i de amor vertía de sus labios, abiertos al consejo i la plegaria; —i que se fue de la vida, vueltos los ojos del alma, con intensísimo dolor, hacia el porvenir incierto de la patria de sus ensueños e ideales, en piadosa comunión con las almas cordiales que no saben de odios infecundos, i como dijo de Espaillat la poetisa educadora: “con la paz i el perdón sobre los labios!.....”

Ah, señores! Vuelve ahora a reproducirse en el fondo de la retina, velada en lágrimas, i en lo íntimo del alma, llena de dulces memorias i de tristes añoranzas, la visión dolorosa de aquella tarde de hondas melancolías.

El Padre Meriño había muerto!

E iba el féretro del orador i mitrado sobre la púrpura de las andas, lentamente, lentamente, camino de la Catedral Primada, seguido de numeroso i doliente cortejo, en aquella tarde gris, mientras asordaban el espacio las salvas del cañón de la Fuerza, la marcha fúnebre de las bandas marciales i las campanas quejumbrosas i gemebundas de todos los templos.

E iba el féretro, lentamente, lentamen-

te, bajo la interrogadora o entristecida mirada de las gentes, i se le vió ascender al atrio i entrar en la Basilica por la ancha puerta del Perdón, para ir a dormir el sueño eterno del sepulcro en el regazo de la Iglesia, la Metropolitana i Primada de las Indias, en donde dijérase que todavía se siente el vuelo de su palabra apostólica o tribunicia.

E iba el féretro en la semi-oscuridad del templo i de la hora, desde la Capilla Mayor hacia la Capilla del Sagrario que le serviría de tumba, cuando me pareció que el púlpito, en donde tantas veces fulguró su verbo eloquentísimo, se inclinaba reverente al pasar el cadáver del orador esclarecido.

Aun permanece inclinado mi espíritu bajo la emoción hondísima que me produjo el ver pasar su cadáver, envuelto piadosamente en un sudario de gloria, la bandera dominicana, —mientras poblaban el ambiente el clamor pañidero de la esquía i el rumor melancólico de los psalmos funerales— por delante del alto púlpito de sus transfiguraciones de orador egregio; ya cuando el águila caudal de su poderoso verbo se cernía sobre los elejidos del voto, o del azar, para conmiarlos al cumplimiento del deber patriótico; ya cuando la paloma del arca ponía en sus labios el ramo de olivo, o descendía con su palabra evangélica para regalar a los fieles con el blanco arrullo de la fé cristiana.

Ese es Meriño, señores, ese es Meriño, i hacéis bien en honrar i enaltecer su memoria con este sentido homenaje al Mitrado, al Orador i al Patriota!

TOPICOS HISTORICOS

SANTO DOMINGO O LA ESPAÑOLA

Informe del Académico Don Emilio Tejera Bonetti

Señor Presidente: Señores Académicos:

Aunque la nota No. 74 de la Legación Americana, que es la base del expediente sometido a mi estudio, no se encuentra entre los documentos que lo componen, parece que se trata de una proposición de la Junta Geográfica de los Estados Unidos para dar el nombre de Hispaniola a la isla de Santo Domingo.

Es extraño que a pesar de los trabajos hechos en 1918, cuando el Gobierno Militar

sometió la misma cuestión, esa Sociedad Geográfica no sepa todavía que esta isla no se llamó nunca Hispaniola.

El estudio del expediente sometido a la Academia demuestra que, aunque hai algunas opiniones autorizadas a favor del cambio de nombre, casi todas las personas consultadas opinan que debe conservarse el de Santo Domingo.

En realidad me parece que dar una nueva denominación a la isla aumentará la confusión que se quiere evitar, pues los más seguirán llamándola Santo Domingo, otros Haití i el resto Española. Si no fue posible que el nombre de Española perdurara, cuan-